

LENGUA GRIEGA Y LENGUA ESPAÑOLA^(*)

Por MANUEL FERNANDEZ-GALIANO
Catedrático de la Universidad de Madrid

LOS catedráticos de griego, en esta sociedad española que todavía considera con cierta extrañeza, a pesar de los casi treinta años transcurridos desde su introducción en la Enseñanza Media, los estudios de lengua griega, están ya muy acostumbrados a tener que responder, ante auditorios no especialistas, a la sempiterna pregunta, llena muchas veces de perplejidad conmovedora, acerca de la utilidad de tal disciplina en el Bachillerato. No es éste el lugar adecuado para contestar extensamente a esa cuestión con las mil razones que vienen a cuento, entre ellas la fundamental de nuestra pertenencia a un mundo cultural y una civilización grecolatinos que son base y cimiento de toda la ideología del hombre moderno; pero sí me gustaría, en cambio, presentar el desarrollo histórico de uno de los argumentos que con mayor frecuencia se esgrimen en favor de la presencia del griego.

Es un argumento, es cierto, secundario, un argumento poco consolador, un argumento que nosotros procuramos dejar a un lado porque, como acabamos de decir, creemos tener otras respuestas mejores. Pero hoy, puesto que entre los que me escuchan hay alumnos de Ciencias y gentes que no estudian actualmente el Bachillerato, he creído que uno de los temas que más podía interesarles era un boceto histórico, muy leve y elemental, de los helenismos de nuestro idioma, es decir, de la influencia ejercida por la lengua griega sobre la castellana a través de muchos siglos.

Con esto contestamos a aquella pregunta vulgar y profana y la contestamos de una forma que realmente puede impresionar al objetante, porque una de las razones, y repito que no la principal, consiste en que merced al griego conocemos mejor el castellano, y gracias a que nuestros alumnos son hoy mejores helenistas que sus mayores de hace cuarenta años, cuando el griego no existía en el Bachillerato español y apenas si se asomaba a la Universidad, gracias a esto están mejor capacitados para entender miles y miles de palabras de nuestra lengua cuya etimología se remonta precisamente al griego a través del latín o en forma directa.

Son, en efecto, cerca de treinta siglos de intercambio, de ir y venir de personas o expediciones, de entrecruzamientos de tendencias de todo orden que forzosamente tenían que haber dejado semilla. Esta semilla existe y se ha integrado con otros ingredientes: las palabras griegas han confluído con las de origen latino, germánico, árabe, ibérico o vasco y, mo-

(*) Conferencia en el Instituto de Puertollano (23 enero. 1965).

dername y cada vez más, francés e inglés en ese gran crisol donde todo se une, donde todo se funde y donde, según el grado de cultura de los hablantes o el poder de adaptación y asimilación de la lengua, se produce un batiburrillo espantoso y repugnante al simple oído o bien una combinación armónica de procedencias distintas, pero con respeto de las leyes generales a las que se llama genio de cada idioma.

En este sentido la Real Academia Española, como saben, está realizando una labor muy inteligente a mi modo de ver. Hoy día no vale ya la postura del clásico purista que se niega en absoluto a admitir cualquier innovación. Realmente, si todos nuestros antepasados hubieran sido puristas aún estaríamos hablando, no ya latín, sino indoeuropeo; y si de este supuesto idioma primitivo se pasó al latín y del latín al español es porque la lengua fue no degenerando, sino modificándose y adaptándose normalmente a través de aportaciones y de circunstancias distintas.

Ahora bien, donde la Academia se propone con razón poner un freno y un coto es en aquellos casos en que corremos riesgo, ante todo de perder la unidad con nuestras hermanas americanas, que por desgracia ya hablan muchas veces de manera muy diferente de la nuestra, y en segundo lugar, de ensuciar el caudal léxico con palabras hirientes, malsonantes, extravagantes, estrambóticas o inadecuadas a nuestro sistema fonético y morfológico.

De modo que ahora, con esta política de la Academia, y antes de ella gracias a una especie de acertada selección intuitiva de los propios hablantes, hemos ido asimilándonos —porque el español es una lengua de gran poder asimilatorio— gran cantidad de vocablos griegos e incorporándolos a nuestro caudal léxico de una manera verdaderamente insospechada para el profano.

Empecemos, pues, con aquel trasiego de viajes a que me refería, y empecemos con uno célebre. Todos conocemos la expedición famosa de Cristóbal Colón con sus tres carabelas, pero probablemente muchos menos son los que han oído hablar de un casi homónimo del gran navegante: Coleo o Kolaíos, como le llama nuestro querido García y Bellido. Coleo era un natural de Samos, un marino, un explorador que, según Heródoto (IV 152), descubrió España; de modo que si los americanos están agradecidos a Colón y celebran su día con la pompa con que se festeja en Nueva York y en otros lugares, nosotros tendríamos que dedicar un recuerdo a quien fue nuestro descubridor y nos encontró tan salvajes y atrasados como a los aborígenes americanos el suyo.

Vienen, pues, a España naves de Samos y de Focea y establecen aquí unas pequeñas colonias en época muy arcaica sin adentrarse demasiado en el interior, sino ocupando puestos costeros o estratégicos con miras generalmente comerciales; y éste es el origen de una primera oleada, muy

pequeña, de seis o siete topónimos españoles que son las primeras palabras griegas traídas directamente por aquellos intrépidos nautas y comerciantes.

Veámoslos uno por uno: *Rosas*, la ciudad de la provincia de Gerona, cuyo nombre no se relaciona directamente con la palabra española *rosa*, pero sí con la griega ῥόδον, que significa lo mismo. *Ampurias*, también en Gerona, que es Ἐμπορίον, es decir, el emporio, una ciudad comercial, pero como allí había dos poblaciones, la antigua y la nueva, se terminó por hablar en plural de Ἐμπορία las dos colonias o factorías, la de fuera y la de dentro, la vieja y la nueva.

Y esto es casi todo. Existen dudas de que *Sagunto* sea el mismo nombre de la isla de *Zacinto*, la isla del mar Jónico a que llamamos Zante, patria de los poetas Foscolo y Solomos; y también la casi seguridad de que *Adra*, en la provincia de Almería, fue denominada según *Abdera*, ciudad de Tracia, de modo que aquí también hay un paralelo. Lo mismo que los españoles fueron trasladando a América las Granadas, Barcelonas y Toledos, igualmente los griegos nos trajeron Zacintos y Abderas, como más tarde los cartagineses nos iban a trasplantar su Cartago a Cartagena.

Realmente no se puede decir que nada más haya quedado de los griegos, que por lo demás no estuvieron mucho tiempo, porque sufrieron pronto la presión fenicia y tuvieron que abandonar estas colonias dejando restos que están siendo excavados, sobre todo en Ampurias, con bastante éxito en hallazgos de objetos, etc.

Pasaron siglos y vinieron los romanos. La historia es conocidísima: implantación de colonias, penetración hasta los lugares más insospechados de la Península, luchas con los naturales, pacificación final y organización de una España romana muy próspera que dio a la república y al Imperio muchos días de gloria. Pues bien, ya ellos nos trajeron aquí bastantes nombres latinos de objetos a los que en Roma designaban con palabras griegas lo mismo que hoy empleamos términos ingleses o franceses para muchos de nuestros enseres y sobre todo para los más nuevos o traídos del extranjero.

Ahora sería muy largo que yo empezara a darles la lista de las palabras españolas que han venido del griego a través de esta oleada primitiva latina. Les diré algunos nombres de objetos: el *cuévano*, la *espuerta*, la *cesta*, el *cántaro*, la *ampolla*, el *baño*, la *cuchara*; utensilios para el alumbrado del tipo de la *lámpara*, la *linterna*, la *tea*; un arma tan noble como la *espada*; como ven, vocablos que aún hoy están constantemente en boca de todos. Nombres de prendas de vestir o telas como *sábana*, *tapete*, *estopa*, *saco*, *jerga*: tejidos toscos, bastos, primitivos. Términos que designan cosas más o menos relacionadas con la construcción o la topografía: *pieдра* (recuerden el nombre de San Pedro), *mármol*, *yeso*, *greda* (tierra típica

de la isla de Creta), *cal*, *escoria* (y así *El Escorial*, lugar donde se depositan las escorias, es topónimo griego), *cámara*, *torre*, *bodega*, *plaza*, *poyo*, el nombre de la colina llamada *pueyo*, sobre todo en Navarra y Aragón.

Del griego proceden las denominaciones de muchas plantas (*cañaño*, *esparto*, *olivo*, *ajenjo*, *estoraque*, *cizaña*, *abrotano*, *eneldo*, *cedro*, *codeso*, *euforbio* o *fervión*, *regaliz*), vegetales comestibles (*rábano*, *bledo*, *espárrago*, *almendra*, *cereza*) y especias: *sésamo* o *ajonjolí*, *comino*, *culantro*, y también *jenabe*, que viene de *σινάπι* como igualmente, aunque por vía culta, *sinapismo*. Ahí vemos cómo un mismo nombre de la mostaza produce la forma literaria empleada por los médicos para referirse a un medio curativo y la vulgar utilizada por el pueblo. Asimismo *tallo*, *caña*, *masa* y *pasta* proceden del griego; y ciertos nombres de animales terrestres (*salamandra*, *camaleón*, *perdiz*, *escorpión*, *castor*) o marinos, como los que designan al *pulpo*, la *ostra*, el pez llamado *morena*, la *esponja*. El mismo origen tienen vocablos como *púrpura*, aplicado al molusco que producía el color rojo tan apreciado por los antiguos, y *concha*.

Pero de modo muy especial nos interesa una tercera etapa ya cristiana. Llega un momento en que España se evangeliza: nos visitan, según parece, dos apóstoles. Hace medio siglo solía decirse que Santiago y quizá San Pablo estuvieron en España, mientras que hoy hay quien habla de la venida segura del segundo y posible del primero: esto es otro asunto, y realmente nos gustaría creer que los dos vinieron, porque sería muy hermoso que así hubiera sucedido. El caso es que se evangeliza España, y empieza el culto cristiano a tomar gran incremento, y se introducen en nuestro latín, para pasar más tarde al castellano, cientos de palabras que el latín de Roma había tomado al griego, porque los primeros cristianos habían recibido su doctrina y sus ritos de Biblias y libros helénicos.

Penetremos, pues, con la imaginación en la antigua *catedral*, *basílica* o *iglesia* para asistir al culto *católico*. Tal vez tengamos ante nosotros a alguna alta *jerarquía*: el *arzobispo metropolitano*, ungido con el *crisma* como representante de *Cristo*, que viene del *sínodo* con sus iguales, o el *obispo* de la *diócesis*; o quizá algún *abad* o *arcediano* al que acompaña numeroso *clero* con *diáconos*, *exorcistas* y *acólitos* o *monaguillos*. En sus *cátedras* del *coro*, los *canónigos* cantan *salmos*, *himnos* y *antifonas*. Es la fiesta de algún *arcángel*, *ángel*, *apóstol* o *mártir*, o de un *eremita* lleno de virtudes *ascéticas* y *místicas*; o de un *monje* erudito, que, en su *cenobio* o *monasterio*, consagró su vida a dirigir la *escuela* de copistas en que se escribían bellos *códices* llenos de *glosas* y *escolios*. La misa ha comenzado con palabras augustas de algún *profeta*; se leen la *epístola* y el *evangelio*, como manda la *litúrgica epacta*; los *clérigos* de bordadas *estolas* hacen aspersiones de agua bendita con el *hisopo* y consagran en el *cáliz*

el manjar *eucarístico*. En la vecina *parroquia*, un *catecúmeno* es bautizado, y en el *cementerio*, gentes *laicas* o *legas* visitan los *sarcófagos* o *cenotafios*. Y a la puerta del templo, no tocados por la gracia del *catecismo*, rablan, sometidos a *anatema*, los *ateos*, *herejes*, *blasfemos*, *apóstatas*, *cismáticos*, *idólatras* y *escandalizadores* presididos por el *demonio* o *diablo*.

Como ustedes ven, el *léxico eclesiástico* español es casi íntegramente griego. Además, estas palabras se conservaron con frecuencia bastante bien, porque eran hombres cultos, sacerdotes, quienes las empleaban oralmente o las transmitían por escrito. Pero no olvidemos que también a la iglesia iban gentes ignorantes y humildes que desfiguraron los vocablos de mil maneras.

Los más extraños fenómenos fonéticos o morfológicos se dan cita, pues en este sector léxico. Aféresis en *pifanía*, *pístola*, *bispo* (y así el catalán *bisbe* y el topónimo *La Bisbal*, mientras que el propio *obispo* muestra también influjo de la labial sobre la *e*- primitiva que encontramos en la voz culta *episcopal* y en francés *évêque*), *Grijalba* ("la iglesia blanca", obsérvese el desastre fonético producido en *ecclesia*), *pitafio* (de donde puede venir el alegre oficio descrito por Trotaconventos cuando aconseja al guasón del Arcipreste que no se ande con *chufas de pitoflero* ante una monja muy seria); metátesis en *cátreda*, *palabra* (en vez de *parabla* que vendría del bíblico *parábola*), *bribia* (por *Biblia*, y así el *bribón* sería "el que sabe latín", "el que se sabe hasta la Biblia"); asimilación de vocales en *avangelo*; disimilación en *martiloyo* (en lugar de *martirologio*) y *plotetizar*; ambos fenómenos en un *clérigo* que, a través de *crérigo* y *crergo*, se quedó finalmente en *crego*; cambio de sentido y de género en *eremita*, pasado a *ermita*.

En ocasiones, el abanico de posibilidades lingüísticas se abre tanto como, por ejemplo, en un vocablo que tiene tres cauces, digámoslo así. El totalmente culto, que es el de la palabra *baptisterio*, con la *-p-* que correspondía, porque βαπτω en griego quiere decir "sumergir" y, como es sabido, en este sacramento se procedía por inmersión; el semiculto de *bautismo*, en que la labial ha dejado lugar a un segundo elemento de diptongo; y el castizo y popular del apellido *Batista* o de la forma que figura en el título del conocido sainete de Chueca llamado *El bateo*.

Pero no sólo son los nombres eclesiásticos los que se introducen por la vía culta o semiculta; algo parecido ocurre en otras esferas del vocabulario técnico, del que elegiré —porque tengo mucho de donde escoger— la parte relativa a la terminología médica.

En ésta sucede también cosa semejante. Los profesionales usan los términos cultos, primero porque ellos son personas instruidas, y además, porque así desorientan al enfermo para que no perciba su gravedad o a los familiares con el fin de que no se interfieran en el tratamiento. De

modo que asimismo en estos vocablos encontramos la dualidad de voces muy cultas frente a otras muy populares.

Tenemos, por ejemplo, la palabra *físico*, el nombre antiguo del médico, que todavía en inglés perdura: el *físico*, que es el que cura los males de la φύσις, de la naturaleza.

Tenemos la *cirugía*, que es la χειρουργία literalmente "trabajo de las manos (en el cuerpo del enfermo)", y un montón de enfermedades cuyas denominaciones, transmitidas ya desde el latín, proceden claramente del griego.

Por ejemplo, la *ciática*, la *lepra*, la *parálisis*; el *cólera*, que debía ser femenino y lo es cuando se refiere a un estado de ánimo; el *catarro*; la *hidropesía*, cuyo enfermo se llama a veces *drópico*; la *melancolía*, que era un mal diagnosticado con mucha frecuencia y equivalente a lo que hoy llamamos neurastenia; el *pasmo*, que es un espasmo, nervioso o no, y procede, en efecto, del griego σπασμός la *podagra*, una de esas enfermedades, como la gota, tantas veces contraídas por aquellas gentes que comían multitud de cosas indigestas y grasientas; el *romadizo*, que es el nombre del reumatismo enormemente modificado; las *postemas*, tan asquerosas y tan usuales entonces, cuyo nombre se remonta al hipocrático ὑπόστημα,

Luego viene una cosa que servía para todo: la *flema*, que literalmente era el φλέγμα, un ardor, pero pasó a designar el humor que andaba por el cuerpo, se combinaba con la sangre y ejercía una serie de ambiguas funciones.

Es posible, como ha visto S. Lasso de la Vega, que también se remonte al griego el vocablo *loco*, que vendría de γλαυκός a través de un latín *glaucus* con el que se designaría al que tiene los ojos glaucos o brillantes, lo que vulgarmente llamamos ojos de loco.

Y, en fin, algunos nombres de medicamentos, como el *emplasto*, la *embroca* o cataplasma y la *bizma*, especie de apósito aplicado a una herida; o de procedimientos terapéuticos como la famosa *dieta*. Todos estos términos son antiquísimos, como también otros farmacéuticos o de droguería, como el nombre del *tósigo*, que es un veneno, un tóxico, de modo que *atosigar* no es otra cosa que intoxicar; o la *tríaca*, contraveneno, extraído generalmente (θηριακά) de jugos animales; o la *miera*, que es paralelo vulgar del culto *mirra*; o la graciosa serie de los compuestos alquímicos denominados según el genitivo griego, tales como el extracto vegetal llamado *diquilón* (διὰ χυλῶν), o el jarabe de adormideras a que se daba el nombre de *diacodión* (διὰ κοδειῶν), o los bebedizos amorosos enumerados morosamente por el Arcipreste:

*adragea e alfeñique con el "estomaticón" (σταματικόν),
e la garriofilota con "diamargaritón" (διά μαργαριτών),
"triasándalix" muy fino con "diasaturión" διά σατυρίων),
que es para doñearpreciado y noble don.*

Con esto estamos en la primera mitad del siglo xiv. Mucho antes habían empezado a aparecer libros relativamente cultos: los de Berceo, que es un erudito; el *Libro de Apolonio* y el *Libro de Alexandre*; la gran obra científica de Alfonso el Sabio; y en todos ellos aparecen ya términos nobles y transmitidos por vía totalmente literaria.

Entonces surgen palabras como *anatomía*, *aritmética*, *dialéctica*, *filosofía*, *geometría*, *gramática*, *historia*, *lógica*, *música*, *teología*, es decir, prácticamente todos los nombres de las disciplinas del *trivium* y el *quadrivium* que van a desembocar mucho más tarde en nuestro Bachillerato.

Todo esto nos trae ya a nuestro caudal léxico actual, antiquísimo, como ven. en gran parte de él.

Y es en aquellos siglos cuando a esta gran oleada de nombres venidos del latín clásico se suman vocablos modernos de cuatro procedencias diversas: los que vienen del Sur, del Norte, del Este y del Oeste.

Los neologismos "meridionales" son términos griegos muy alterados ya: los árabes, como ustedes saben, conocieron muy bien el mundo helénico, aprendieron mucho de él y transmitieron a nuestra lengua multitud de palabras, aunque, repito, deterioradas y frecuentemente provistas del artículo *al*.

Tomemos, *verbi gratia*, el nombre del arroz: palabra griega transmitida a través del árabe. Tomemos el del *altramuz* (¿se acuerdan "de lo que contesció a un home que por pobreza et mengua de otra vianda comía altarmuces" en el cuento del *Conde Lucanor*?), o los de otros comestibles como la *jibia* o *sepia*, el *atún*, la *alcaravea*, la *acelga*, el *alfóstico* o *pistacho*; o elijamos, de entre los de plantas, el *cazuz* o hiedra, la *adelfa*, el *avenuz* o *ébano*; o fijémonos en el *alcaduz* o cangilón, el *zafiro*, los *abalorios*, la *almáciga* (especie de resina pegajosa), el oficio de *albéitar* o veterinario, la *alhóndiga* o lonja del trigo. Y ahí tienen ustedes otra desigual pareja: la *cítara* es tañida por intelectuales o damas elegantes, y por eso se denomina en versión culta muy parecida al griego; *guitarra*, en cambio, con su doble erre impúdica y explosiva, es un nombre tan desgarrado y populachero como el instrumento mismo.

Estos son los términos que vienen del Sur. Del Este acuden también otros; con muchas dificultades, pero acuden nada menos que de Grecia, de la Grecia propia.

Ya saben ustedes que, en primer lugar, los bizantinos ocuparon durante los siglos vi y vii una parte del Levante español. De esta época quizá

no abundan mucho las importaciones léxicas. Se dice que puede datarse de entonces el nombre de la ciudad valenciana de *Gandia*, que sería doblote del *Candia* de Creta: es posible que sí.

Esta ocupación no tuvo gran importancia; pero después vinieron las Cruzadas, las expediciones de los catalanes a Grecia, las guerras contra los turcos, y de todo ese mundillo ajetreado y pintoresco, de Venecia y del Adriático y de las islas del Egeo, se nos vino una serie de palabras muy curiosas; pocas, pero muy curiosas. Por ejemplo, el nombre de los *gregüescos*, que en su origen eran los pantalones bombachos llevados por los orientales: *gregüescos* significa "pantalones a la griega", así como *gresca* no es otra cosa que una rifa de las que se prodigaban entre tan turbulentos pueblos. *Mostacho* se llama, con helenismo notorio, el bigote, usado entre turcos y griegos y no frecuente en Europa occidental. La *galera*, nave típicamente turca y frecuentemente tripulada por griegos, lleva el nombre del pez *γαλέα*, con el que rivalizaba en celeridad. La *malvasía*, un vino dulce que se cultivó luego en el Priorato catalán y en otros lugares, toma su denominación de la ciudad peloponesia de Monembasia. El *besante*, llamado así según Bizancio, es la moneda con que se paga el flete marítimo, el *nólit* o *nólito*, procedente del griego *νόλον*, y en los buques mercantes vienen el *anís* y los *faisanes* y a menudo, por desgracia, también *esclavos*, mercancías todas ellas importadas junto con sus nombres. En general se ve muy bien que son griegos aquellos vocablos medievales en que aparece el fenómeno llamado itacismo, por el que la *η* de la lengua clásica pasa a *ι* en la tardía y moderna. Y así, a *ἀγαπίτος*, *ἀλήθεια*, *ἀποθήκη*, *ταπήτιον* y *παράκλητος* corresponden hoy *Agapito*, *Alicia*, *botica*, *tapiz* y *Paráclito*.

Algunas veces se observa que las palabras han pasado por Italia: tal ocurre, por ejemplo, con *chusma*, cuya evolución semántica es interesante. En las galeras iban los pobres forzados, remando a la voz de un cómitre que iba marcando el ritmo para que bogaran todos a la vez, con el grito llamado en griego *κέλευσμα*: fíjense, pues, cómo se ha pasado de este sentido a la designación del conjunto de los que atienden a esa voz, que eran una gentuza, una *chusma*, con *ch-* que delata el paso por el italiano.

He dicho que algunas palabras venían del Norte: son las que entran a través de Francia, por el camino de Santiago o gracias a las aportaciones de los cluniacenses o por otros medios, porque Francia ha sido siempre un país del que se ha procurado tomar lo más elegante, lo más selecto. En general se deduce que son términos de esta procedencia aquellos nombres derivados de otros de la segunda latina que no terminan en *-o*, sino en *-e*, lo mismo que en francés. Tal es, probablemente, el origen de *cisne*, nombre de un ave de lujo que vino de Francia y a la que era distinguido llamar con un nombre francés; o el de los *herejes*, porque por Francia andaban

los albigentes y los cátaros, mientras que en España había muchos menos herejes que allí. En cambio, váyase lo uno por lo otro, tenemos también *monje* y *calonje*, paralelo este último de *canónigo*; y el refinado *cofre* frente al rústico *cuévano*; y el *fleme* del sangrador especializado; y el *goldre* o carcaj de los soldados de "élite"; y el *gozne* de las puertas artísticas traídas de Francia, y el rico tejido de seis hilos (ἑξήμιτος) llamado *jamete*. *Felipe*, nombre de reyes; *Cosme* y *Jorge*, nombres de santos exóticos, ostenta la -e como timbre de foránea distinción. Y cierra este breve desfile el *codoñate*, dulce de membrillo o especie de mermelada o jalea que conocen bien los que han comido en Hita a la carta medieval del amigo Manuel Criado: *cotoniatum*, elaborado a base de los *mala cotonia* en que convirtió el latín los cretenses *μῆλα Κυδωνία*; refinado manjar al que no haría ascos ni el propio don Pitas Payas, pintor de Bretaña.

Y, por último, hallamos al menos un vocablo que, por una ruta singular, procede del Oeste, de nuestro vecino y fraternal Portugal. La palabra *anfión*, traída de las Molucas, es el equivalente castellano, a través del árabe, del griego *ἄνιον* que por vía culta daría entre nosotros *opio*. El nombre de la exótica droga nos vino con ella gracias a los heroicos descubridores lusitanos.

Tenemos, pues, con la corriente antigua latina, las nuevas aportaciones francesas del Norte, griegas del Este y árabes del Sur y del Oeste, y ya estamos en el siglo xv, ya contamos con el diccionario de Nebrija y, realmente, desde entonces la verdad es que el español ha sufrido muy pocas innovaciones sustanciales. Siguen, desde luego, penetrando miles y miles de términos griegos, pero ya sin mediación del latín clásico y en su forma culta o semiculta. En el campo de la medicina, a que voluntariamente nos hemos restringido, aparecen en el siglo xv muchísimos vocablos de entre los que podríamos seleccionar, como más significativos, *agonía*, *arteria*, *cardíaco*, *causón* o fiebre abrasadora, *cauterio*, *cólico*, *diarrea*, *epilepsia*, *eunuco*, *frenesí*, *gangrena*, *manía*, *poro*, *pronósticos* y *tísico*. En el xvi la invasión es todavía más intensa, con penetración de palabras en parte tan usuales hoy como *alexifármaco*, *anodino*, *antídoto*, *ántrax*, *asma*, *atrofia*, *cantárida*, *caquexia*, *cataplasma*, *colirio*, *cráneo*, *diafragma*, *dysenteria*, *dosis*, *edema*, *erisipela*, *esqueleto*, *hidrófobo*, *laringe*, *narcótico*, *náusea*, *páncreas*, *pleura*, *pólipo*, *terapéutica*, *termas* y *tisana*. Y aún el xvii presencia la irrupción tardía, a no ser que los diccionarios hayan andado morosos en la recogida, de términos del tipo de *alopecia*, *cirro*, *embrión*, *epidemia*, *reuma*, *síntoma* y *tráquea*.

Y claro está que paralelamente a estas formas bien conservadas y transmitidas por vía culta vive toda una pléyade de deformaciones indoctas y frecuentemente muy graciosas. Es posible que de un latín médico *haemorrhœuma* haya salido el vocablo pseudoárabe *almorranas*; *κυνάτιχ*

"anginas" se ha resuelto en *esquinancia* o *esquinencia*; *arthriticus* da nacimiento a *artético*, e *ictericus* produce primero el correcto *ictericia* y después *tiricia* y otras formas; de *parálisis* nace *perlesía* o *paralís*, y *paralítico* degenera en *perlático*. De un griego ἰκτικός, que primitivamente tenía el sentido neutro de hallarse en una u otra condición física y terminó por adquirir matiz peyorativo, se forma el clásico *hético*; ἑργαλείον, que también ha pasado de un significado general "instrumento" al particular de "sonda", viene a parar, con doble asimilación, en *algalia*; una serie muy complicada de cambios convierte παρονόχιον en *panadizo*; la analogía de *sistimo*, etc., actúa sobre παροξυσμός y crea, frente al culto *paroxismo*, un popular *parasismo*; y la de *poción*, etc., ha transformado un ἀπόξιμα "cocimiento" en la forma aferética *pócima* "bebida medicinal".

El XVIII es un gran siglo de neologismos. Hace poco tuve ocasión de oír en Madrid una conferencia muy buena de mi querido amigo y compañero D. Rafael Lapesa, que en el curso de unas investigaciones sobre dicho siglo, que está patrocinando la Sociedad de Estudios y Publicaciones, se ha ocupado de la lengua de entonces, y pasé un rato agradable al ver cómo coincidían sus observaciones con notas que yo había tomado sobre las muchas palabras derivadas del griego que trae consigo el XVIII y que son muy típicas de la época.

En primer lugar, son cien años de progreso muy intenso en los aspectos práctico y científico: descubrimientos, inventos, mejor observación y explicación de los *fenómenos*, y aquí tenemos ya una palabra muy de este siglo y que durante él comienza a aparecer en español. Pero no olvidemos tampoco que el XVIII, especialmente en Francia, está empapado en esencias clásicas más o menos puras, traspasado por un afán de imitación y una idolatría hacia lo griego y lo romano en que confluye toda la *gama* (otro término igualmente acuñado) de tendencias estéticas, desde el empedernido clasicismo de Boileau hasta el romanticismo exaltado de Chénier. Es la época en que el conde de Caylus y Winckelmann descubren el verdadero arte antiguo ante los ojos estupefactos de Europa; Vien y David se erigen en maestros de la pintura neoclásica; los paisajes descritos en los libros de viajes, o pintados, generalmente como melancólico despliegue de ruinas, en los álbumes de los artistas venidos de Roma, Atenas, Constantinopla o Palmira (Wood, Le Roy, Choiseul-Gouffier y tantos y tantos otros) excitan la nostalgia y el interés. Comienzan en 1736 las excavaciones de Herculano, en que tanta parte tiene nuestro compatriota Roque Joaquín de Alcubierre, y diecinueve años después las de Pompeya. Estatuas, objetos y papiros son objeto de la mayor admiración: todo el mundo decora sus paredes al estilo pompeyano, todo el mundo lee *Voyage du Jeune Anacharsis*, del intrépido abate Barthélemy...

Nada tiene, pues, de extraño que se recurra al griego para denominar

los nuevos avances de la investigación o la técnica, o que se resuciten viejas palabras de aquella lengua para aplicarlas a mil cosas o hechos diversos de la vida corriente. Generalmente, tales vocablos nacen más allá de los Pirineos, en Francia sobre todo, pero también en otros países, y tardan bastante en pasar a España, siempre menos a la última en aspectos culturales. Así se explica que, si creemos a los diccionarios, hasta después de 1700 no se encuentren atestiguadas en castellano palabras como *logaritmo*, *barómetro*, *neumático*, *telescopio* o *émbolo*, siendo así que Neper hizo público su descubrimiento en 1614; Torricelli el suyo, en 1643; Otto de Guericke, el experimentador de los famosos hemisferios de Magdeburgo, y Roberto Boyle dieron a conocer las máquinas neumáticas hacia 1650; Newton presentó su aparato óptico en 1672 y Dionisio Papin utilizaba el émbolo como elemento básico de la máquina de vapor ya en 1690.

Pero en otras ocasiones el retraso era menor. Una rápida cabalgata por estas fecundas décadas nos permitirá esbozar, con pincel menos hábil, es cierto, que el de Lapesa, un cuadro ciertamente sugestivo. Poco a poco, los vocablos de origen griego van aclimatándose en nuestra lengua. Pongamos diez, veinte, treinta años después de lo que en cada caso podríamos llamar verdadero nacimiento.

En 1710, Leibniz escribe sus *Essais de Théodicée*, y a su muerte, ocurrida seis años más tarde, *La Monadologie* está en boca de todos. En 1717, Watteau presenta a la Academia su *Embarquement pour Cythère*, embarcando nuevamente a la *mitología* en la más fabulosa de las aventuras artísticas. 1720 es el año de la escala de Fahrenheit para el *termómetro*; 1724, el de la descripción de un mejor *microscopio* por Leeuwenhoeck; 1725, el de la obtención por Bernouilli del premio al mejor trabajo sobre las leyes físicas de la *clepsidra*; 1736, el de la publicación por Hume del *Treatise of Human Nature*, de tanta trascendencia para el ulterior desarrollo de la *psicología*. En 1738 ofrece Vaucanson su famoso *autómata* a la Academia de Ciencias; en 1752 establece D'Alembert los principios fundamentales de la *hidráulica*; en 1755 funda nuestro Nifo su *periódico*. 1758 presencia la aparición del *Pauvre Diable* volteriano, en que el *sarcasmo* llega a su grado máximo, y del *Fray Gerundio*, del P. Isla, obra maestra de la *parodia*. En 1760 José Celestino Mutis marcha a América para erigirse allí en gloria de la *botánica* española; en 1764 escribe Mozart, todavía niño prodigio en Londres, la primera cronológicamente de sus *sinfonías*; en 1773, la más feroz diatriba se explaya en las *Mémoires* de Beaumarchais; en 1774 Lavoisier aísla el *oxígeno*. Coinciden en 1775 la fundación de una primera empresa *didáctica* por Pestalozzi, la comunicación de Mesmer acerca de su descubrimiento del *magnetismo* animal y, seguramente, el autorretrato de Chardin en que el pintor, terriblemente *miope*, se representa ya con gafas de factura relativamente moderna.

La ciencia está en un gran momento. Laplace cree poder dar a conocer, en 1776, la *Exposition du système du monde*, como más tarde, ya en las postrimerías del siglo, empleará también otro de los helenismos favoritos de la época en su *Mécanique céleste*.

La literatura, por el contrario, peca en general de alambicamiento y ñoñería. Tomás de Iriarte habla en 1777 de

... escribir "acrósticos" y "glosas",
"enigmas", "laberintos" y otras cosas
que salen mal, o bien, o nunca salen
y, en suma, cuestan mucho y nada valen.

El contraste es patente. Mientras el P. Merino sienta en 1780 las bases de la *paleografía*; Félix de Azara recorre, desde 1781, el Paraguay y el río de la Plata en aras de la *zoología*, y los Montgolfier experimentan en 1783 su *aeróstato*, se enzarza Juan Pablo Forner en una fútil *polémica* tras otra y Meléndez Valdés lanza en 1785 una serie de amerengadas y decadentes *anacreónticas*:

Por morar en mi pecho
el traidor Cupidillo,
del seno de su madre
se ha escapado de Gnido...

Y Littleton prueba en 1792 un barco movido por *hélice*, y Goya se nos pinta él mismo, en 1794, con anteojos de *préscita*, y Francisco Carbonell da a luz en 1796 sus *Elementa* como el más perfecta manual de *farmacia*, y surgen la pila *eléctrica* de Volta en 1799, y el *Catálogo de las lenguas del poligloto* Hervás y Panduro en 1800, y la reforma *taquigráfica* de Martí en 1802...

Ya estamos en plena edad contemporánea. Porque entre tanto se ha producido nada menos que la revolución francesa. Lo clásico, como ha mostrado el utilísimo libro de Fernando Díaz-Plaja, sigue más de moda que nunca. Los nuevos gobernantes buscan en Roma y Grecia antiguos modelos de libertad, de justicia, de patriotismo frente a la corrupción del antiguo régimen. Los nombres de Régulo, de Catón, de Cicerón se repiten mil veces en las asambleas; y también, claro está, los de Solón, Leónidas o Foción. Mme. Roland lee a Plutarco mientras espera al verdugo, y Desmoulins se queja, en el mismo trance, de que se le trata con menos consideración que a Sócrates. E incluso para fustigar al pueblo o llamarle la atención se recurre al molde helénico, como cuando imita Vergniaud las críticas de Demóstenes ante la ineficacia de los atenienses o recuerda Barère el triste destino del justo Aristides. Estamos, sí, en un río revuelto

al que acuden *eclécticos* como Mirabeau y Lafayette, *heterodoxos* del tipo de Marchena, *cosmopolitas* ilusionados como Tomás Paine y Anacarsis Cloots, heroínas *histéricas* como Louison Chabry y Carlota Corday, *demagogos* como Hébert y Robespierre...

Afortunadamente, las aguas se remansan en el Directorio y Consulado. Ya no se habla más que del talento *táctico* de Bonaparte o *diplomático* de Talleyrand; y las "merveilleuses" termidorianas, encabezadas por Teresa Cabarrús, se divierten, recostadas en clásicos *canapés*,

*dans les jardins de Tivoli,
séjour riant de Zéphyr et de Flore
et que les Grâces ont choisi...*

o en el *hipódromo* de Bagatelle, o en las cálidas noches iluminadas por los alardes *pirotécnicos* de una generación que quiere olvidar el pasado.

A lo largo de los siglos xix y xx las creaciones léxicas, producidas por aplicación a nuevas cosas de los antiguos nombres griegos o por formación de neologismos, son abundantísimas. Citemos algunas tan sólo de las pertinentes a nuestra esfera médica: *abulia*, *afonía*, *apatía*, *astenia*, *astigmatismo*, *diabetes*, *diatermia*, *eczema*, *encéfalo*, *epidermis*, *epiplón*, *estigma*, *gástrico*, *marasmo*, *microbio*, *nefritis*, *neuralgia*, *ortopedia*, *pediatría*, *plétora*, *próstata*, *quiste*, *tenia*, *tórax*. Algunos de estos términos van cayendo ya en retroceso, bien porque las propias enfermedades sean vencidas por vacunas u otros medios (*anemia*, *blenorragia*, *clorosis*, *difteria*, *neumonía*, *raquitismo*, *tétanos*) o porque lo que haya cambiado sean solamente los nombres (*migraña* o *hemicránea*) o porque sea el método (*homeopatía*) o los procedimientos curativos (*enema*) lo que haya dejado de estar en boga. En cambio, otros vocablos se hallan hogafío en boca de todos: los relativos a principios médicos generales y hoy irrenunciables (*anestesia*, *antisepsia*, *asepsia*, *clínico*, *diagnóstico*, *higiene*, *quirófano*); los que han venido a suceder a términos caídos en desuso por renovado afán eufemístico (*colitis* se ha impuesto sobre *diarrea* y *disentería* como éstas antes sobre *cámaras* y similares, y *fímico* ha suplido al latinismo *tuberculoso*, sucesor a su vez de *consuntivo*, *hético* y *tísico*) o por simple moda (la polifacética *alergia* sustituyendo a *constipado*, derivado del latín, y a a los helenismos *coriza* o *catarro*); aquellos que designan enfermedades hoy por desdicha muy frecuentes, como *aneurisma*, *cirrosis*, *embolia*, *flebitis*, *hemiplejía*, *hepatitis*, *leucemia*, *poliomielitis*. Incluso empieza a utilizarse *carcinoma* por temor al espeluznante *cáncer*; las drogas *drásticas*, la *eugenesia* o regulación de la natalidad, el temible infarto de *miocardio*, los trastornos del *metabolismo*, las intervenciones del *tocólogo*, el *psicoanálisis* y la *psiquiatría* con sus infinitas *filiás* y *fobias* forman parte del léxico más rigurosamente vulgar.

Y, en general, así ocurre con el vocabulario técnico de nuestra vida de hoy. Aun prescindiendo de los neologismos relacionados con el espacio interestelar (*astronauta*, *cosmonauta* y el híbrido *bólide*) o con la profundidad de los mares (*batiscafo*, *escafandra*), toda nuestra actividad está llena de términos heredados del griego. Viajamos en *aeroplano* o *helicóptero* tomándolo en el *aeródromo*; nos trasladamos en *auto* o *automóvil*, *autobús*, *metro* (ferrocarril *metropolitano*) y *taxi* o *taxímetro* deteniéndonos ante los *semáforos*; vamos tal vez a la *hemeroteca* o *pinacoteca*; tenemos en casa *termosifón*, *teléfono* con su *micrófono*, *discoteca*, *dictáfono* o *magnetófono*; recurrimos a la *mecanografía*, a la *tipografía*, a la *litografía*, al *telégrafo*; nos distraemos con el *cine*, *cinema* o *cinematógrafo* y con la *tele* o *televisión* o haciendo fotos con la *fotografía*; estamos rodeados de objetos de *plástico*; la *dinamita* construye nuestros puentes y carreteras; nos sueldan la *dinamo* o *dinamo* con *autógena*; nuestros hijos montan en *bici* o *bicicleta* y *moto* o *motocicleta*. Y ya incluso algunos de estos vocablos quedan anticuados; han desaparecido casi por completo el *caleidoscopio*, el *termos* y el *zootropo*, y el *fonógrafo* comenzó por convertirse en *gramófono* para resolverse últimamente... en otro helenismo, al menos parcial, *tocadiscos*. Pero ahora de aquí vamos a pasar al *pick-up*, y ya de esto debemos protestar, pero no porque sea vocablo inglés, sino porque es una palabra que no encaja, no le va al genio de nuestra lengua. Por eso vemos cómo las gentes ignorantes hablan del *picú* y no sé de cuántas cosas, porque no asimilan este término, que se les queda indigestado o medio crudo. Felizmente, nuestros tiempos son más reacios que otros a los extranjerismos. A la parte infantil de mi público le divertirá saber que hace treinta años el vocabulario, por ejemplo, futbolístico estaba lleno de voces inglesas, cosa en cierto modo lógica, pues de las islas Británicas vino el juego. Gerardo Diego escribió con mucha gracia:

—No somos once. —No importa:
si no hay "eleven", hay "seven".
¡Qué elegante es el inglés!
Decir "sportman", "team", "back";
gritar "goal", "corner", "penalty"...

Y agréguense *forward* y *fault* (la gente decía *fau*, mostrando así el origen literario del neologismo), y *goalkeeper*, y *plongeon*, y *referee* (que por disimilación se convertía en *refli*), etc. Hoy, si no ha podido imponerse, salvo en el nombre del Betis de Sevilla, el *balompié* propuesto frente a *fútbol*, están ya bastante extendidos *tanto*, *saque de esquina*, *tiro* en vez de *shoot* y hasta un verbo *chutar* de lo más castizo. Tendemos, pues, a la asimilación de cuerpos extraños lingüísticos, pero esta acertada dirección hay que apoyarla con normas claras y concretas.

Y aquí es donde se afana tanto la Academia en esa especie de equilibrio entre Escila y Caribdis. Si afloja la docta casa, se le cuelan las palabras espurias por millares; si aprieta demasiado, la gente no hace caso a la Academia. Hay, pues, que estar discirniendo con criterios sutiles dónde se puede hablar alto, dónde se debe ceder. Ha cuajado muy bien *azafata*, pero no *gasóleo* en vez de *gas-oil*, y eso que existe *petróleo*. Se han tolerado los *taqués* y el *cardan*, pero no se quiere pasar por *nailon*. *Nilón* sería aceptable, pero ¿cómo debe escribirse el terminacho inglés? ¡Cualquiera sabe!

En lo relativo a helenismos, las reglas son bastante seguras, pero a veces la Academia se ha excedido en casticismo; al tolerar, por ejemplo, y casi aconsejar la supresión de la *p-* en *psicología*, etc. Hemos sido muchos los que hemos protestado de esto por razones estéticas, históricas, sentimentales y de todo orden. Se nos alega que, según nosotros, habría que volver a *pneumático*, *ptisana*, *psalmo*..., pero éstas son evoluciones producidas en épocas menos cultas, en que no había freno autorizado que oficialmente detuviera los derrumbamientos fonéticos. Hoy no se ven motivos para tan audaz modificación, tanto más cuanto que no es cierto que la *p-* en cuestión no se pronuncie. Hay mucha gente en cuya habla se percibe de modo claro.

Contra lo que sí habría que luchar muy tenazmente es contra ciertos galicismos. D. Eustaquio Echaury, mi maestro, batalló con donosura contra formaciones masculinas como *aeda*, *rapsoda*, *estratega*, *poliglota*. Como en francés terminan en *-e* muda tanto los derivados de voces latinas de la primera como de la segunda, nuestros periodistas o traductores, al oír decir o leer, por ejemplo, le "*maréchal Foch est un excellent stratège*" o "*Homère était le plus grand des aèdes*", se dejaban llevar por la falsa analogía de *atleta*, *sátrapa* o *sofista*, de la primera en latín y en griego, en vez de transcribir correctamente *aedo*, *rapsodo* y, al menos cuando se trate del cargo militar de la Grecia clásica, *estratego*.

Muy notables también, y con esto termino, son los problemas de acento. Brevisimamente les recordaré la regla latina. Cuando en esta lengua la penúltima sílaba es larga, el acento va en ella, mientras que si es breve, el acento recae sobre la antepenúltima. Y como ya desde Nebrija es uso inveterado el de seguir las reglas latinas para los acentos de las palabras del griego, nos encontramos (y ello es penoso porque muchas veces también aquí el origen de la falta está en el acento agudo indiscriminado del francés) con que hoy están equivocados los acentos de *aerolito*, *asfodelo*, *ateo*, *cateto*, *crisantemo*, *diatriba*, *electrodo*, *erisipela*, *esqueleto*, *hemoptisis*, *idea*, *omega*, *prototipo*, *tisana*, que teóricamente deberían ser esdrújulos, mientras que, en cambio, habrían de ser llanos *ábside*, *acónito*, *anémona*, *antífona*, *asíntota*, *atmósfera*, *ázimo*, *diócesis*, *exégesis* y *exégeta*, *filán-*

tropo, idolo, ósmosis, parásito, piloro, plétora, polígono, sindéresis, síntoma y teléfono. Naturalmente, éstas son ya situaciones que no tienen remedio. Con los nombres propios cabe alguna reacción: nada puede hacerse con *Arquímedes*, tan mencionado por los alumnos de Ciencias; ni con *Cerberó* (junto al cual está *cancerbero*), *Doroteo*, *Edipo*, *Elena*, *Esquilo*, *Paráclito* (voz litúrgica), *Pegaso* (popularizado por la marca de camiones), *Timoteo*, *Verónica* y el nombre del planeta *Urano*. Pero *Heródoto* se ha impuesto prácticamente, y quizá no fuera tan difícil lograr que se dijera *Praxíteles*, *Crátilo*, *Esquines*, *Éolo*, *Andronico*, *Helanico*, *Ciclope*, las *Metamorfosis* para hablar de la obra ovidiana, *Ferecides*, *Heráclito*. Más espinoso sería atreverse con nombres del santoral como *Telesforo* (aunque un *Telésforo Muchuch* guatemalteco haya hecho las delicias de Camilo José Cela), *Teótimo*, *Teódulo*, *Aristide* y otros; todo es cuestión de tacto.

Porque en lo nuestro, y con esto termino, debe reinar la moderación, la *σωροσύνη* de los griegos mismos. Bien está que la lengua sea un organismo vivo que se renueve y no se fosilice, pero tampoco debemos dejarla caer en la anarquía. Moderación sin extremismos: que podamos decir, con el viejo Solón,

ἔστιν δ' ἀμφιβάλων κρατερόν σάκος ἀμφοτέροισι,
νικῶν δ' οὐκ εἶσαι οὐδετέρους ἀδίκως.

PLAN DE BACHILLERATO 1957

	Ptas.
DECRETO Y CUESTIONARIOS.....	16
PROGRAMAS DE PRIMER CURSO.....	10
» » SEGUNDO »	12
» » TERCER »	12
» » CUARTO »	14
» » QUINTO »	14
» » SEXTO »	14

(CON ORIENTACIONES METODOLOGICAS)

PEDIDOS A: REVISTA "ENSEÑANZA MEDIA"